

# ODA A LOS NIÑOS DE MADRID MUERTOS POR LA METRALLA

Se ven pobres mujeres que corren en las calles como bultos o espanto entre la niebla.  
 Las casas contraídas,  
 las casas rotas, salpicadas de sangre;  
 las habitaciones donde un grito quedó temblando,  
 donde la nada estalló de repente,  
 polvo livido de paredes flotantes,  
 asoman su fantasma pasado por la muerte.  
 Son las oscuras casas donde murieron niños.  
 Miradlas. Como gajos  
 se abrieron en la noche bajo la luz terrible.  
 Niños dormían, blancos en su oscuro.  
 Niños nacidos con rumor a vida,  
 Niños o blandos cuerpos ofrecidos  
 que, callados los vientos, descansaban.  
 Las mujeres corrieron.  
 Por las ventanas salpicó la sangre.  
 ¿Quién vió, quién vió un bracito  
 salir roto en la noche  
 con luz de sangre o estrella apuñalada?  
 ¿Quién vió la sangre niña  
 en mil gotas gritando:  
 ¡crimen, crimen!,  
 alzada hasta los cielos  
 como un puñito inmenso, clamoroso?  
 Rostros pequeños, las mejillas, los pechos,  
 el inocente vientre que respira:  
 la metralla los busca,  
 la metralla, la súbita serpiente,  
 muerte estrellada para su martirio.  
 Ríos de niños muertos van buscando  
 un destino final, un mundo alto.  
 Bajo la luz de la luna se vieron  
 las hediondas aves de la muerte:  
 aviones, motores, buitres oscuros cuyo plumaje encierra  
 la destrucción de la carne que late,  
 la horrible muerte a pedazos que palpitan  
 y esa voz de las víctimas,  
 rota por las gargantas, que irrumpe en la ciudad como un gemido.  
 Todos la oímos.  
 Los niños han gritado.  
 Su voz está sonando.  
 ¿No oís? Suena en lo oscuro.  
 Suena en la luz. Suena en las calles.  
 Todas las casas gritan.  
 Pasáis, y de esa ventana rota sale un grito de muerte.  
 Seguis. De ese hueco sin puerta  
 sale una sangre y grita.  
 Las ventanas, las puertas, las torres, los tejados  
 gritan, gritan. Son niños que murieron.  
 Por la ciudad, gritando,  
 un río pasa: un río clamoroso de dolor que no acaba.  
 No lo miréis; sentidlo.  
 Pequeños corazones, pechos difuntos, caritas destrozadas.  
 No los miréis; oidlos.  
 Por la ciudad un río de dolor grita y convoca.  
 Sube y sube y nos llama.  
 La ciudad amegada se alza por los tejados y alza un brazo terrible.  
 Un solo brazo. Mutilación heroica de la ciudad o su pecho.  
 Un puño clamoroso, rojo de sangre libre,  
 que la ciudad esgrime, iracunda, y dispara.

VICENTE ALEIXANDRE

